

Recuerdos de Douaumont-Vaux



mino de la cruz", exvotos, trozos de paños bordados y torcidos candelabros.

Uno de aquéllos, un viejo casi, se agacha y coge de aquél enos una pobre cabeza de Mater dolorosa, de ojos bajos, y de los que surgen dos lágrimas de piedra. La contempla atentamente, y sus rudas manos de obrero descubren, limpian do de cenizas y tierra, el puro perfil doloroso, los finos labios, tristes; y sus dedos gordos se meten, torpes, entre los pliegues del manto para dejar libre el contorno. Su mirada errante por un momento ha detenido en el cuerpo vilido, con rastros bien visibles las salpicaduras de acero. El soldado sube al altar llevando en alto, con ambas manos, la cara que parece revivir.

Sobre el grácil cuello coloca aquella cabeza, que se inclina y al fin se inmoviliza entre las dos buenas manos que veo temblar. El hombre realiza su obra dulcemente, como si temiese hacer sufrir la piedra. Ora sin saberlo, y su gesto de piedad debe tenerse en cuenta allá arriba.

Ha terminado, se va, y oigo alejarse el sordo ruido de sus zapatones de gruesos clavos.

A las 10 dejamos el sitio. Noche oscura. Ruge "el brutal".

En fila india, las compañías van serpenteanando por entre los agujeros de los obuses, los cañones patas arriba; de vez en cuando surge en la sombra una mancha gris penosamente inmóvil, en la cual se adivinan dos gruesos

zapatos, manos, una frente de cera y una ropa agujereada. El ruido de los pasos de esta multitud silenciosa semeja el rápido deslizarse de un arroyuelo en la noche. Alguna que otra vez suena a metal: pala, azadón, bayoneta. Los hombres marchan inclinados debajo de los obuses que rayan el aire con ruido sibilante, explotan con clamor terrible y abren en las tinieblas deslumbrantes claridades. El humo huele a muerte y se adivina la presencia de carneceros en las inmediaciones. Llegamos a un cruce de caminos. Los jefes de sección mandan hacer alto y recorren las líneas. Detrás de mí vienen los músicos, trayendo a la espalda las camillas aun húmedas de sangre. Adiós, cornetas, pistones y clarinetes. Aquí, la guerra, no canta. Ruge, en todas las gargantas de sus cañones, o se burla con el martilleo de las ametralladoras. He aquí el Salto

zapatos, manos, una frente de cera y una ropa agujereada. El ruido de los pasos de esta multitud silenciosa semeja el rápido deslizarse de un arroyuelo en la noche. Alguna que otra vez suena a metal: pala, azadón, bayoneta. Los hombres marchan inclinados debajo de los obuses que rayan el aire con ruido sibilante, explotan con clamor terrible y abren en las tinieblas deslumbrantes claridades. El humo huele a muerte y se adivina la presencia de carneceros en las inmediaciones. Llegamos a un cruce de caminos. Los jefes de sección mandan hacer alto y recorren las líneas. Detrás de mí vienen los músicos, trayendo a la espalda las camillas aun húmedas de sangre. Adiós, cornetas, pistones y clarinetes. Aquí, la guerra, no canta. Ruge, en todas las gargantas de sus cañones, o se burla con el martilleo de las ametralladoras. He aquí el Salto



Hoyo de un 420 cerca del fuerte Souville

de la Muerte; en la sombra se destacan innumerables agujeros. Sobre los labios de estas fosas se notan algunos cuerpos aplastados, como aspirados por la tierra. A lo lejos, surgen las ruinas de una aldea... No, son los rebordes de un pozo de 420.

Vamos ahora por la vía del ferrocarril. Saltamos de durmiente en durmiente, pues no hay balastro. Alguna que otra vez atravesamos un trozo de suelo sin remover, otras pasamos por debajo de las vías retorcidas, que parecen en la noche las defensas de un enorme mamut. Nos detenemos. Se enciende. Los guías se dispersan, van, vienen y conducen las escuadras fantasmales. Hemos llegado. Tomamos puestos en reserva detrás de abrigos ilusorios, masas de tierra que parecen rocas. Proceden de los pozos abiertos verticalmente por los 210. Las secciones se distribuyen en grupos de dos y tres hombres. El que comparte mi sitio



"Fritz"